

QUINTA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

EN LA CUAL
SE CONTIENEN LOS EJERCICIOS
Y AVISOS NECESARIOS PARA RENOVAR EL ALMA
Y CONFIRMARLA EN LA DEVOCION.

CAPÍTULO PRIMERO

QUE DEBÉMOS CADA AÑO RENOVAR LOS BUENOS PROPÓSITOS
POR LOS EJERCICIOS SIGUIENTES.

El principal punto de estos ejercicios consiste en conocer bien su importancia. Nuestra humana naturaleza se aparta fácilmente de sus buenos propósitos por la fragilidad y mala inclinación de nuestra carne, la cual agrava nuestra alma y la procura tirar é inclinar hacia abajo, si á menudo no se levanta hacia arriba á viva fuerza de resolución. Así como los pájaros tornan á menudo á caer en tierra, no continuando en romper el aire para mantenerse por este medio en su vuelo, así también, amada Filotea, tienes tú necesidad de reiterar y repetir muy á menudo los buenos propósitos que hubieres hecho de servir á Dios, temiendo

que no haciendo esto no caigas en tu primer estado ó en otro por ventura mucho peor (1); porque las caídas espirituales tienen esta propiedad: que nos ponen siempre en más bajo estado que aquel en que nos hallábamos cuando subimos á lo alto de la devoción. No hay reloj, por bueno que sea, que no sea menester subirle la cuerda dos veces al día: á la mañana y á la noche; y después de esto es menester también desarmarle, por lo menos una vez al año, para limpiarle de todas sus piezas, enderezar las torcidas y reparar las que están usadas. Así también, el que tiene un verdadero cuidado de su amado corazón, debe remontarle á Dios á las noches, y á las mañanas por medio de los ejercicios ya dichos; y fuera de esto debe considerar á menudo su estado, enmendándole y acomodándole cuanto pueda al servicio de Dios; y en fin, por lo menos una vez al año, debe desarmarle y mirar todas sus piezas una á una, esto es, todos sus deseos, aficiones y pasiones, para que así pueda reparar todas sus faltas. Y como el relojero unta todas las ruedas, los traveses y el muelle con algún aceite delicado para que sus movimientos sean más mansos y más seguros, y que esté menos sujeto al orín y herrumbre, así la persona devota, después de haber desmontado ó desarmado su corazón para mejor rehacerle y renovarle, le debe usar por medio de los sacramentos de la confesión y de la eucaristía. Este ejercicio reparará tus fuerzas, debilitadas del tiempo, confortará tu corazón, hará reverdecer tus buenos propósitos y reflorcer las virtudes de tu espíritu.

(1) S. Lucas, xi, 26.

Los antiguos cristianos practicaban esto con mucho cuidado en el día aniversario del bautismo de nuestro Señor; en el cual, como dice san Gregorio, obispo de Nacianzo (1), renovaban la profesión y las protestaciones que se hacen en este sacramento. Hagamos lo mismo, querida Filotea, disponiéndonos y empleándonos en esto con muchas veras y alegría.

Habiendo, pues, escogido el tiempo conveniente, según el parecer de tu confesor, y habiéndote retirado algo más á la soledad real y espiritual que lo ordinario, harás una, dos ó tres meditaciones sobre los puntos siguientes, según el método que te he dado en la Segunda Parte.

CAPÍTULO II

CONSIDERACIÓN SOBRE EL BENEFICIO QUE DIOS NOS HACE
LLAMÁNDONOS Á SU SERVICIO, SEGÚN LA PROTESTACIÓN ARRIBA DICHA.

1. Considera los puntos de tu protestación (2). El primero es el haber dejado, desechado, detestado y renunciado para siempre todo pecado mortal. El segundo es el haber dedicado y consagrado tu alma, tu corazón y tu cuerpo, con todo aquello que de esto depende, al amor y servicio de Dios. El tercero es que si te sucediese caer en alguna mala acción, te levantarás al

(1) Orat., xxxix, xi.

(2) Parte I, c. xx.

mismo punto, mediante la gracia de Dios. ¿No son, pues, dime, éstas, hermosas, justas, dignas y generosas resoluciones? Piensa bien en tu alma cuán santa, justa y razonable es esta protestación.

2. Considera á quien has hecho esta protestación, que es á Dios. Si las palabras de razón dadas á los hombres nos obligan estrechamente, ¿cuánto más obligarán las que damos á Dios? ¡Ah, Señor! (decía David) *á vos es á quien mi corazón lo ha dicho: mi corazón ha trazado esta buena palabra: jamás la olvidaré* (1).

3. Considera en presencia de quién, y que ha sido á la vista de toda la corte celeste. La Virgen, san José, tu buen ángel, san Luis, toda esta celeste compañía te miraba, y aprobaba tu protestación, mirándote con ojos de un amor indecible, postrando tu corazón á los pies del Salvador, consagrándole á su servicio; por lo cual hicieron una general alegría por toda la celeste Jerusalén, y aun harán ahora la conmemoración, si con entero corazón renuevas tus buenos propósitos y resoluciones.

4. Considera por qué medios hiciste tu protesta-
ción. ¡Ay de mí, y cuán manso y dulce se te mostró Dios en este tiempo! Dime, pues, por tu vida, ¿no te viste convidada con mil dulces halagos del Espíritu Santo? Las cuerdas con que tiró Dios tu pequeña barquilla á este puerto de salud, ¿no te parece que fueron de amor y caridad? (2) Mira cómo te fué cebando con su divino azúcar, por los sacramentos, por la lectura y por la oración. ¡Ay de mí, amada Filotea! tú dormías y Dios te velaba, poniendo en tu corazón pensa-

(1) Salmos, xxvi, 8; xliv, 1; cxviii, 6.

(2) Oseas, xi, 4.

mientos de paz (1) y meditando por ti meditaciones de amor.

5. Considera en qué tiempo Dios te tiró á estas grandes resoluciones; porque si fué en la flor de tu edad, fué, Filotea, no pequeña dicha el aprender tan pronto lo que no podemos saber sino muy tarde. San Agustín, habiendo sido tirado de Dios de edad de treinta años, decía (2): *¡Oh, antigua hermosura! ¿cómo te he conocido yo tan tarde? ¡Ay de mí, que te veía y no te conocía!* Y también tú podrás decir: *¡Oh dulzura antigua! ¿por qué no te he yo antes gustado? ¡Ay de mí, que no obstante esto, no la conocías tú entonces! y por esto, reconociendo cuánta gracia te ha hecho Dios de tirarte así en tu juventud, di con David* (3): *¡Oh, Dios mío! tú me has alumbrado y tocado desde mi juventud, y para siempre yo invocaré tu misericordia.* Y si ha sido en tu vejez, hallarás, Filotea, haberte Dios hecho no pequeña gracia en que después de haber tan mal perdido tantos años precedentes, al fin Dios te ha llamado antes de la muerte, parando el curso de tu miseria en tiempo donde si hubieras continuado, quedaras miserable para siempre.

Considera los efectos de esta vocación, y hallarás en ti, según entiendo, una dichosa mudanza, comparando lo que eres con lo que fuiste. ¿No tienes tú, dime, por gran felicidad, el saber hablar á Dios por medio de la oración? ¿El tener deseo de quererle amar? ¿El haber evitado muchos pecados y embarazos de conciencia? Y en fin, ¿el haber comulgado tan á me-

(1) Jerem. xxix, 11.

(2) Confess., lib. x, c. xxvii.

(3) Salmos, lxx, 17.

nudo, cosa en que antes ponías tanto descuido, uniéndote á este santo manantial de gracia eterna? ¡Ah, Filotea, y cuán grandes son estas gracias! Menester es, pues, Filotea mía, pesarlas en el peso del santuario. La mano derecha de Dios es la que ha obrado todo esto. *La buena mano de Dios* (dice David) (1) *ha hecho virtud: su diestra me ha relevado. No moriré, pues; sino viviré, y cantaré de corazón, de boca y con obras las maravillas de su bondad.*

Después de todas estas consideraciones, las cuales, como ves, nos colman de buenos deseos, debemos concluir simplemente por una acción de gracias y una oración encaminada al aprovechamiento de lo dicho, retirándote con humildad y con gran confianza en Dios, no haciendo el fin de estas resoluciones hasta después del segundo punto de este ejercicio.

CAPÍTULO III

DEL EXAMEN DE NUESTRA ALMA SOBRE EL
ADELANTAMIENTO EN LA VIDA DEVOTA.

Este segundo punto del ejercicio es un poco largo; y así, cuanto á su práctica, te digo que no es necesario le hagas todo de una vez, sino en diversas veces: como si tomases lo que mira á tus acciones para con Dios, y esto por una vez; lo que mira á ti mismo otra vez; lo que toca al prójimo otra; y la consideración de las pa-

(1) Salmos, cxvii, 16, 17.

siones la cuarta vez. No será tampoco necesario que estés de rodillas, sino al principio, y á la fin, con que se aprenden las aficiones. Los otros puntos del examen los podrás hacer con utilidad paseándote, y aun mejor en la cama, si por ventura puedes estar en ella por algún tiempo sin desabrimiento ni gana de dormir. Para hacer, pues, esto, es necesario haberlos antes leído. No obstante esto, es necesario el hacer todo este segundo punto en tres días y dos noches cuando más, tomando de cada día y de cada noche alguna hora, digo algún tiempo, sea el que pudieres; porque si este ejercicio no se hiciese sino en tiempos muy distantes el uno del otro, perdería su fuerza y causaría impresiones muy flojas. Después de cada punto del examen, notarás en lo que hallas faltado y en lo que tienes falta, y los principales distraimientos que has sentido, para declarararte y tomar consejo, resolución y alivio espiritual; y aunque en tales días que hicieres este ejercicio y los otros no sea necesario el retirarte absolutamente de las conversaciones, con todo eso no se excusa el retirarte un poco, particularmente hacia la noche, para que así puedas acostarte más temprano, reposando el cuerpo y el espíritu, necesarios á la consideración. Y entre día habrás también de hacer frecuentes aspiraciones á Dios, á nuestra Señora, á los ángeles y á toda la Jerusalén celeste; y es también necesario que todo esto se haga con un corazón enamorado para con Dios y la perfección de tu alma. Para comenzar, pues, bien este exámen:

1. Ponte primeramente en la presencia de Dios.
2. Invoca el Santo Espíritu, pidiéndole luz y claridad para que puedas bien conocerte, como san Agus-

tín, que se lamentaba delante de Dios en espíritu de humildad, diciendo: *¡Oh. Señor! haced que os conozca y que me conozca* (1); y san Francisco, que preguntaba á Dios: *¿Quién sois vos y quién soy yo?* (2). Protestarás no notar tu adelantamiento para lo que es regocijarte en ti misma, sino para alegrarte en Dios; ni para glorificarte, sino para glorificar al Señor y darle gracias.

Protestarás también que, si como tú piensas, descubres el haber aprovechádote poco, ó bien atrasádote, que no por eso te entibiarás ni refrescarás con ninguna suerte de miedo ni flaqueza de corazón, sino que al contrario, procurarás animarte más, humillarte y remediar las faltas mediante la gracia divina.

Hecho esto, considerarás mansa y sosegadamente de qué manera hasta la hora presente te has llevado para con Dios, para con el prójimo y para contigo misma.

CAPÍTULO IV

EXÁMEN DEL ESTADO DE NUESTRA ALMA PARA CON DIOS.

1. Considera cuál es tu corazón contra el pecado mortal y si tienes una resolución firme de nunca más cometerle por ningún caso que pueda venirte, y si esta resolución ha durado desde tu protestación hasta el presente. En esta resolución consiste el fundamento de la vida espiritual.

(1) Soliloq. 1.

(2) Speculum vita S. Franc., circa medium.

2. Considerarás cuál es tu corazón para con los mandamientos de Dios, y si los hallas buenos, dulces y agradables. Quien tiene, hija mía, el gusto en buena disposición y sano el estómago, el tal apetece las buenas viandas y desecha las malas,

3. Considerarás cuál es tu corazón para con los pecados veniales. Mal podríamos guardarnos de caer en alguno por un camino ó por otro: mas notarás si hay alguno á que tengas particular afición y también (que aun esto sería peor) si hay alguno á que tengas afición y amor.

4. Considerarás cuál es tu corazón para con los ejercicios espirituales: si los amas, si te enfadan, si te disgustan, y á cuál de ellos tienes tú más ó menos inclinación. El oír la palabra de Dios, el leerla, discurrir en ella, meditar, aspirar en Dios, confesarte, recibir los avisos espirituales, aparejarte á la comunión, enfrenar tus aficiones; mirarás cuál de esto hallas repugna tu corazón; y si hallas alguna cosa á que tu corazón tenga menos inclinación, examina de donde le procede este disgusto y qué es la causa.

5. Considerarás cuál es tu corazón para con Dios mismo; si se alegra en acordarse de él y si siente en esto una agradable dulzura. Dice David: *Yo me he acordado de Dios y me he deleitado* (1). Mirarás si siente tu corazón cierta felicidad en amarle y un gusto particular en saborearse con este amor. Notarás si tu corazón se recrea en pensar en la inmensidad de Dios, en su bondad, en su suavidad; si esta memoria de Dios te viene en medio de las ocupaciones del mundo y sus

(1) Salmos, LXXVI, 3.

vanidades, si se hace hacer lugar, si harta tu corazón, si te parece que tu corazón se vuelve de su lado, y si en cierta manera va como marchando adelante. Es cierto que hay almas de esta manera.

6. Si vuelve un casado de alguna jornada larga, al mismo punto que su mujer le oye y siente su voz, aunque por entonces se halle embarazada y embebecida con alguna violenta consideración, con todo eso no dejará de olvidar todos los otros pensamientos por pensar en su recién venido y amado marido. De la misma manera sucede á muchas almas amadoras de Dios: que aunque se hallen más embebecidas y embarazadas de negocios, luego que les toca el corazón la memoria de Dios, no hay cosa que no olviden ni de que no se deshagan por no perder esta dulce y bien venida memoria. Señal en extremo buena.

7. Considerarás cuál es tu corazón para con Jesucristo, Dios y hombre, y si recibes gusto con él. Las abejas gustan mucho de andar cerca de su miel, y los moscones de andar cerca de la hediondez y porquerías; así, las buenas almas tienen su gusto cerca de Jesucristo y sienten una extrema ternera de amor para con él; mas las malas sólo se alegran en medio de las vanidades.

8. Considerarás cuál es tu corazón para con nuestra Señora, con los santos, con tu ángel: si los amas mucho, si tienes una especial confianza en su benevolencia, si sus imágenes, sus vidas y sus alabanzas te son agradables.

9. Quanto á tu lengua, considerarás como hablas de Dios, si te agradas en decir bien de él, según tu condición y fuerzas, y si te deleitas en cantar los cánticos.

10. Quanto á las obras, pensarás si tienes en el corazón la gloria exterior de Dios, y si haces alguna cosa á su honra; porque los que aman á Dios, aman con David el ornato de su casa (1).

11. Notarás si te has apartado de alguna afición mala, y si has renunciado alguna cosa por Dios; porque es una buena señal de amor el privarse de alguna cosa en favor de aquel que se ama. ¿Qué es lo que has tú, pues, dejado por el amor de Dios?

CAPÍTULO V

EXAMEN DE NUESTRO ESTADO PARA CON NOSOTROS MISMOS.

1. Mira como te amas á ti misma, y si te amas demasiado para este mundo; porque si es así desearás quedarte siempre en él y tendrás un extremo cuidado en arraigarte en la tierra; pero si te amas para el cielo, desearás, ó por lo menos te quietarás fácilmente en el tiempo de la partida de este siglo, cuando llegue la hora que nuestro Señor fuere servido de darte.

2. Mira si tienes buena orden en el amor de ti misma; porque el mayor enemigo que tenemos es el amor de nosotros propios. El amor, pues, ordenado quiere que amemos más el alma que el cuerpo; que tengamos más cuidado en adquirir las virtudes que otra ninguna cosa; que tengamos más cuenta con la honra divina

(1) Salmos, xxv, 3.

que con la baja y caduca. El corazón bien ordenado, muchas veces, dirá en sí mismo: ¿Qué dirán los ángeles si yo pienso en tal cosa? Y no: ¿Qué dirán los hombres?

3. Mirarás qué tal es el amor que tienes á tu corazón, y si te enfadas de servirle en sus achaques y enfermedades. No es pequeño, Filotea, el cuidado que debes tener en socorrerle y hacerle socorrer cuando sus pasiones le atormentan, dejando por esto todo lo demás.

4. Notarás cuál te estimas tú delante de Dios. Será en nada sin duda; mas advierte que no es grande humildad que una mosca no se estime en nada en comparación de un gran monte; ni que una gota de agua se tenga por nada en comparación del mar; ni que una sola centella de fuego se conozca por nada en comparación del sol. La verdadera humildad consiste en no estimarnos más que los otros, ni querer ser estimado de los otros en más que ellos.

5. Cuanto á la lengua, mirarás si te alabas de una suerte y de otra, y si te adulas y alabas á ti propia hablando de ti misma.

6. Cuanto á las obras, notarás si recibes algún placer contrario á tu salud; quiero decir placer vano, inútil, demasiado, desvelado y sin sujeto; y semejantes.

CAPÍTULO VI

EXAMEN DEL ESTADO DE NUESTRA ALMA PARA CON NUESTRO PRÓJIMO.

Menester es amarse mucho el marido y la mujer, y esto con un amor dulce, sosegado, firme y continuo. Debe, pues, hacerse esto en primer lugar, por cuanto Dios lo ordena así; lo mismo digo de los hijos y parientes cercanos, y también de los amigos, cada uno según su puesto.

Mas para hablar en general, mirarás cuál es tu corazón para con tu prójimo, y si le amas cordialmente y por amor de Dios. Para bien discernir esto, habrás menester representarte ciertas personas envidiosas y desagradables; porque en éstas es donde se ejercita el amor de Dios para con el prójimo, y mucho mejor con los que nos hacen algún mal de efecto y de palabra. Examina si tu corazón es franco en su particular, y si sientes gran contradicción en el amarlo.

Mira si te hallas pronta en el hablar del prójimo murmurando, y en particular de aquellos que no te aman; si haces mal al prójimo ó directa ó indirectamente. Por poca razón y discurso que uses, conocerás todo esto.

CAPÍTULO VII

EXAMEN SOBRE LAS AFICIONES DE NUESTRA ALMA.

Heme extendido en los puntos dichos, porque en su examen consiste el conocimiento del adelantamiento espiritual que se ha hecho; porque cuanto al examen de los pecados, es sólo para las confesiones de los que no piensan adelantarse.

No es, pues, necesario el trabajarse sobre cada uno de estos artículos, sino con suavidad, considerando el estado en que nuestro corazón se ha hallado tocante á ellos desde nuestra resolución, y qué faltas notables son las que hubiéremos cometido.

Y para abreviar todo esto, es menester reducir el examen al conocimiento de nuestras pasiones; y si nos enfada en considerar tan por menudo (como se ha dicho) cuales hemos sido, podremos examinar en esta forma cuales habemos sido y de qué suerte nos hemos comportado:

En nuestro amor para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

En nuestro aborrecimiento para con el pecado que se halla en nosotros y para el pecado que se halla en los otros; porque es cierto que debemos desear el fin del uno y del otro.

En nuestros deseos, tocante á los haberes, tocante á los placeres y tocante á las honras.

En el temor de los peligros de pecar y de las pérdidas de las posesiones de este mundo; porque de ordinario se teme demasiado lo uno y muy poco lo otro.

En la esperanza puesta en el mundo y en las criaturas, y muy poco en Dios y en las cosas eternas.

En la tristeza, si es muy excesiva por cosas vanas.

En la alegría, si es muy excesiva y por cosas indignas.

Mirarémos, en fin, qué aficiones tienen nuestro corazón ocupado, qué pasiones le poseen y en lo que principalmente se hubiere distraído.

Porque por las pasiones del alma conocemos cuál es su estado, tocándolas una después de la otra; porque así como un músico de laúd tocando todas las cuerdas, las que halla disonantes las viene á templar, sea bajándolas ó ya subiéndolas, así, después de haber tocado y reconocido el amor, el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza y la alegría de nuestra alma, si es que hallamos todo esto mal sonante al tono que queremos tocar, que es la gloria de Dios, podremoslo acordar muy bien mediante su gracia y el consejo de nuestro confesor.

CAPÍTULO VIII

AFICIONES QUE DEBEMOS TENER DESPUÉS DEL EXÁMEN.

Después de haber con blandura considerado cada punto del examen y visto el estado en que estás (1), darás lugar á las aficiones siguientes:

(1) En la traducción se lee *y voto en que está*, error manifiesto como observa el señor D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe, porque el texto original dice: *et veü à quoy vous en estes*.

Darás gracias á Dios por la enmienda que hubieres hallado en tu vida después de tu resolución, y reconoce que ha sido su misericordia sola la que ha obrado en ti y por ti.

Humíllate cuanto puedas delante de Dios, reconociendo que si no te ha adelantado más ha sido por tu falta y por no haber con fidelidad animosa y constantemente correspondido á las inspiraciones, claridades y movimientos que te ha dado en la oración; y entonces,

Promete alabarle para siempre por las gracias recibidas; y así te retirarás de tus inclinaciones y llegarás á la enmienda. Pídele perdón por la infidelidad y deslealtad con que has correspondido.

Ofrécele tu corazón para que se haga de todo punto Señor de él.

Suplícale te haga fiel de todo punto.

Invoca á los santos, la Virgen, tu ángel, tu patrón, san José y otros.

CAPÍTULO IX

CONSIDERACIONES PROPIAS PARA RENOVAR NUESTROS
BUENOS PROPÓSITOS.

Después de bien hecho el examen y haber bien conferido con algún digno conductor las faltas y su enmienda, tomarás las consideraciones siguientes, haciendo una cada día por manera de meditación y emplean-

do el tiempo de tu oración; y esto que sea siempre con el mismo método que has usado en las meditaciones de la primera parte, poniéndote ante todas cosas en la presencia de Dios, implorando su gracia, para que por su medio puedas establecerte en su santo amor y servicio.

CAPÍTULO X

CONSIDERACIÓN PRIMERA. DE LA EXCELENCIA DE
NUESTRAS ALMAS.

Considerarás la nobleza y excelencia de tu alma, que tiene un entendimiento, el cual conoce no sólo todo este mundo visible, mas conoce aún que hay ángeles y un paraíso; conoce que hay un Dios soberanísimo, bonísimo é inefable; conoce que hay una eternidad; y conoce más lo que es propio para vivir en este mundo visible, y para juntarse con los ángeles en el paraíso y gozar de Dios para siempre.

Tiene más tu alma, y es una voluntad del todo noble, la cual puede amar á Dios y no le puede aborrecer en sí misma. Mira tu corazón, y verás cuán generoso es, y que así como no puede nada detener las abejas en ninguna cosa corrompida, antes sólo se detienen sobre las flores, así tu corazón no puede tener reposo sino sólo en Dios, sin que ninguna criatura pueda satisfacerle ni hartarle; si no, piensa en los más amados y divertidos embebecimientos en que otras veces has ocupado tu corazón, y dime la verdad si los tales no

estaban llenos de inquietud y molestia de pensamientos carcomidos y cuidados importunos, en medio de los cuales tu pobre corazón se veía miserable.

Va tu corazón corriendo para las criaturas con grandes ansias, pensando poder contener sus deseos; pero tan presto como ha ejecutado cuanto imaginaba, echa de ver la vanidad de su intento, pues nada le puede satisfacer ni contentar. No quiere Dios, Filotea, que nuestro corazón halle ningún lugar donde pueda reposar, de la misma manera que la paloma salida del Arca de Noé (1), para que así se vuelva á su Dios, del cual ha salido. ¡Ah, y cuánta hermosura de naturaleza hay en nuestro corazón! ¿Por qué, pues, le tendremos nosotros contra su voluntad en el servicio de las criaturas?

¡Oh, alma mía! (dirás tú) tú puedes oír y querer á Dios. ¿Por qué, pues, te embebecerás tú en cosa menor? ¿Si tú puedes pretender la eternidad, qué hay que detenerte en los momentos? Esta fué una de las quejas del hijo pródigo (2), que habiendo podido vivir regaladamente á la mesa de su padre, comía suciamente á la de las bestias. ¡Oh, alma mía! tú eres capaz de Dios. Desventurada de ti si te contentas con menos que Dios. Levanta mucho tu alma en esta consideración; muéstrala cómo es eterna y digna de la eternidad; llénala de ánimo acerca de este sujeto.

(1) Génesis, VIII, 9.

(2) S. Lucas, XV, 16, 17.

CAPÍTULO XI

SEGUNDA CONSIDERACIÓN. DE LA EXCELENCIA DE LAS VIRTUDES.

Considera que las virtudes y la devoción pueden solas contentar tu alma en este mundo. Mira, pues, cuán hermosas son; haz comparación de las virtudes y vicios que les son contrarios; la suavidad que hay en la paciencia, comparada á la venganza; en la mansedumbre, comparada á la ira y enojo; en la humildad, comparada á la arrogancia y ambición; en la liberalidad, comparada á la avaricia; en la caridad, comparada á la envidia, y en la templanza, comparada á los desórdenes. Las virtudes tienen esto admirable: que deleitan el alma con una dulzura y suavidad incomparable, después que se han ejercitado; y al contrario, los vicios la cansan infinito, la descarrían y pierden. ¿Por qué, pues, no procuraremos nosotros adquirir estas suavidades?

De los vicios vemos que quien tiene pocos no está contento; y quien tiene muchos, menos. Mas de las virtudes, el que tiene bien pocas alcanza aún contento; y quien muchas, mucho más. ¡Oh vida devota, y cuán hermosa eres, cuán dulce, agradable y suave! Tú mitigas las tribulaciones y haces suaves las consolaciones. Sin tí, el bien es mal y los placeres llenos de inquietudes, alborotos y desvanecimientos. ¡Ay de mí! que quien te conociera pudiera bien decir con la Samaritana: *Domine, da mihi hanc aquam*: ¡Señor,

dame esta agual (1) aspiración muy frecuente á la beata madre Teresa y á santa Catalina de Sena (2), aunque por diferentes sujetos.

CAPÍTULO XII

TERCERA CONSIDERACIÓN. SOBRE EL EJEMPLO DE LOS SANTOS.

Considera el ejemplo de toda suerte de santos: qué es lo que ellos no hicieron para amar á Dios y ser sus devotos. Mira los mártires, invencibles en sus resoluciones, qué tormentos dejaron de padecer para mantenerlas. Mira sobre todo tantas hermosas doncellas, más blancas que la azucena en pureza y más encarnadas que la rosa en caridad, que las unas á doce, las otras á trece, quince, veinte y veinte y cinco años, sufrieron mil suertes de martirios antes que apartarse un punto de su resolución; y no sólo en lo que tocaba á la protestación de la fe, sino en lo que tocaba á la protestación de la devoción: las unas muriendo antes que abandonar su virginidad: las otras antes que dejar de servir á los afligidos, consolar los atormentados y amortajar los muertos. ¡Oh buen Dios y Señor, y cuánta constancia ha mostrado este sexo frágil en semejantes ocurrencias!

Mira tantos santos confesores con que valor han

(1) S. Juan, iv, 15.

(2) de Gennes (Génova), dice el original.

menospreciado el mundo y como se han hecho invencibles en sus resoluciones. Nada les pudo hacer previcar, pues las abrazaron tan animosamente, y las mantuvieron sin excepción; que es lo que dice san Agustín de Mónica (1), con cuánta firmeza seguía su empresa de servir á Dios en su matrimonio y en su viudez; y san Jerónimo de su amada hija Paula (2) en medio de tantos traveses y en medio de tanta variedad de accidentes. ¿Qué es lo que nosotros de buena razón dejarémos de hacer con tan buenos patrones? Todos estos eran lo mismo que nosotros: hacían lo que hacían por el mismo Dios y por las mismas virtudes. ¿Por qué no harémos, pues, nosotros otro tanto, según nuestra vocación y estado, por medio de nuestra resolución y santa protestación?

CAPÍTULO XIII

CUARTA CONSIDERACIÓN. DEL AMOR QUE JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR NOS TIENE.

Considera el amor con que Jesucristo nuestro Señor ha sufrido tanto en este mundo, y particularmente en el jardín de Olivet y monte Calvario. Este amor te miraba, y por medio de estas penas y trabajos alcanzaba del Padre eterno buenas resoluciones y protestaciones para tu corazón, y por el mismo medio alcan-

(1) Confess., lib. IX, c. ix.

(2) Ep. cviii, ad Eustoch. in Epitaph., Paulæ, § 20.

zaba todo lo que te es necesario para mantener, alimentar, fortificar y consumir estas resoluciones. ¡Oh, santa resolución, y cuán preciosa eres! hija en fin, de tal madre como la pasión de nuestro Salvador. ¡Oh, cuánto te debe amar mi alma, pues fuiste tan amada de mi buen Jesús! ¡Oh Salvador mío! Vos moristeis para adquirirme estas buenas resoluciones: dadme, pues, Señor, la gracia que yo muera antes de perderlas.

¿No ves tú, Filotea mía, como el corazón de nuestro amado Jesús veía el tuyo desde el árbol de la cruz, y le amaba, por cuyo amor te alcanzaba todos los bienes de que gozas y gozarás, y entre otras, nuestras buenas resoluciones? Sí, amada Filotea, bien podemos todos decir como Jeremías: *¡Oh Señor! antes que yo fuera, vos me mirábais y me llamábais por mi nombre* (1). Y esto porque verdaderamente su divina bondad prepara en su divino amor y misericordia todos los medios generales y particulares para nuestra salvación, y por consiguiente nuestras resoluciones. Así como una mujer preñada aparea la cuna, los pañales y mantillas, y asimismo una ama para la criatura que espera, aunque la tal aún no esté en el mundo, así también nuestro Señor, habiéndote concebido en su bondad y pretendiendo sacarte á la luz del mundo para tu salvación y hacerte hija suya, prepara sobre el árbol de la cruz todo lo que era necesario para tu buena dicha. Estos son todos los medios todos los atraimientos y todas las gracias, con las cuales induce tu alma y la quiere guiar á la perfección. Nuestro Señor, pues, según esto, esta-

(1) Cap. 1, 5.

ba en estado de preñez cuando estaba en el árbol de la cruz.

¡Ah, buen Dios, y con cuántas veras debríamos arraigar esto en nuestra memoria! ¿Es posible que haya yo sido amada, y amada con tanta dulzura de mi Salvador, que se pusiese á pensar en mí, en mi particular, y en todas aquellas pequeñas ocurrencias por las cuales me ha tirado á sí? Con razón debemos, pues, estimar y amar todo esto, y emplearlo á nuestra utilidad. Nota esta consideración. Aquel corazón amigable de mi Dios pensaba en Filotea, la amaba y la procuraba mil medios para su salvación, tanto como si no hubiera habido otra alma en el mundo en quien hubiese pensado. Así como el sol alumbrando una parte de la tierra, no la alumbra menos que si no alumbra-se otra parte más que aquella sola, de la misma manera nuestro Señor pensaba y cuidaba por todos sus amados hijos, y de suerte pensaba en cada uno de nosotros, como si no pensara en todos los demás. *El me ama*, dice san Pablo, *y se dió por mí*; (1) como si dijese: Por mí solo, de la misma manera que si no hubiera hecho nada por los demás. Esto, pues, Filotea, debe estar grabado en tu alma para mejor conservar y mantener tu resolución, la cual ha sido tan estimada en el corazón de tu Salvador.

(1) Ep. á los Gálatas, 11, 20.

CAPÍTULO XIV

QUINTA CONSIDERACIÓN. DEL AMOR ETERNO DE DIOS
PARA CON NOSOTROS.

Considera el amor eterno que Dios te ha tenido ; porque antes que nuestro Señor Jesucristo, siendo hombre, padeciese en la cruz por ti, su divina Majestad te tenía en su soberana bondad y te amaba en extremo. ¿Pero cuándo comenzó Dios á amarte? Comenzó, pues, cuando comenzó á ser Dios. ¿Y cuándo comenzó á ser Dios? Nunca, porque siempre lo fué sin principio ni fin ; y así también te ha amado desde *ab eterno*. Por esto, pues, te preparaba las gracias y favores que te ha hecho ; y él mismo lo dice por el Profeta : *Yo te amo* (contigo habla de la misma manera que con otro) *con una caridad perpetua, y por esto te he tirado teniéndote piedad* (1). Pensado ha, pues, entre otras cosas, en hacerte tomar resolución de servirle. ¡Oh, buen Dios, cuáles resoluciones son éstas! Pues Dios las ha pensado, meditado y trazado desde su eternidad, ¡cuán caras y preciosas nos deben ser las tales! ¿Qué es lo que nosotros debríamos sufrir antes que perder la mínima parte de ellas? Antes que hacerlo debríamos ver perecer todo el mundo, porque también sabemos que otdo el mundo junto no vale lo que un alma, y un alma no vale nada sin nuestras buenas resoluciones.

(1) Jeremías, xxxi, 3.

CAPÍTULO XV

AFICIONES GENERALES SOBRE LAS CONSIDERACIONES
PRECEDENTES, Y CONCLUSIÓN DEL EJERCICIO.

¡Oh, amadas resoluciones mías! vosotras sois el hermoso árbol de vida que mi Dios ha plantado por su propia mano en medio de mi corazón, el cual quiere asimismo mi Salvador regar con su sangre para hacerle que lleve fruto. Antes pasaré mil muertes que dar lugar á que ningún viento me le desarraigue. Ni la vanidad, ni los regalos, ni las riquezas, ni las tribulaciones serán bastantes á ello. Mas, ¡oh señor mío! que bien sé ser vos mismo quien ha plantado y en vuestro seno paterno guardado eternamente este árbol hermoso para mi jardín. ¡Cuántas almas habrá que no han sido favorecidas de esta suerte! ¿Cómo, pues, podré yo jamás humillarme bastantemente delante de vuestra misericordia?

¡Oh hermosas y santas resoluciones! Si yo os conservo, vosotras me conservaréis. Si vosotras vivis en mi alma, mi alma vivirá con vosotras. Vivid, pues, para siempre, ¡oh resoluciones mías! eternas en la misericordia de Dios. Estad y vivid eternamente en mí, para que nunca os abandone.

Después de estas resoluciones, es menester que particularices los medios importantes para mantener estas amadas resoluciones, y que protestes el querer siempre aprovecharte de ellas con fidelidad, y de la frecuencia de la oración, de los sacramentos, de las